

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción

A cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

San Bernardo, núm. 131

GIJÓN

## UN TIMADOR ENTRE BANDIDOS

Los bandidos de Sierra Morena eran tan famosos en Europa, como los de Calabria, y éstos como los de Sierra Morena. Allá por los años de 1825 y 1830, el bandolero más célebre que había en Sierra Morena, era *Juan el Patilargo*.

El pesado coche de colleras, había entrado en Despeñaperros. Caminaba por un callejón, abierto entre las rocas, sombreado por muchos árboles. Iban dentro cuatro pasajeros: dos señores y dos señoras.

—¿Qué atrás se ha quedado la escolta!—dijo con angustia una de las señoras, mirando hacia el camino solitario.

—Me alegro,—dijo con acento extranjero uno de los viajeros.

—¿Cómo?

—Sí, porque de ese modo tendré ocasión de ver al *Patilargo*.

—¿Ave María Purísima! ¿Y para qué pretende usted ver a ese foragido?

—Los bandoleros, repuso el francés

—porque francés era,—son mi especialidad. He conocido y soy amigo de todos los que tienen nombrada en Europa; en la Morea, en Italia, en todas partes donde sé que hay bandoleros de fama, me dejo apresar de ellos, y los trato, y me roban, y yo comparo cómo roban unos y cómo roban otros, y quedo en buenas relaciones con ellos, porque no hay amistad como la de un ladrón con el que se deja robar tranquilamente, y así voy reuniendo datos para componer mi grande obra sobre el bandolerismo universal, que será el pasmo de éste, y de los venideros siglos.

Los tres viajeros miraron al francés, y se miraron entre sí, como diciendo:

—Este hombre está loco de remate, hay que sujetarlo.

La señora volvió a echar una mirada de angustia al camino solitario y exclamó.

—Pero, ¿y esa escolta? ¿Dónde se han metido esos escopeteros?

—No se moleste usted madama,—dijo el francés;—yo les he dado un napoleón para que beban y se diviertan en la Venta de Cárdenas.

Les he dicho que nos busquen

mañana en Guarromán. He querido cruzar sin escolta la Sierra Morena, porque para mis estudios es absolutamente preciso que yo vea y trate al *Patilargo*, y lo compare con *Liquel el de las Termópilas*, que es un buen chico en toda la extensión de la palabra y con *Francisco el Calabrés*, que es un truhán con mucha gracia.

—Usted está loco—gritó el otro pasajero—y nos ha perdido a todos.

Las señoras dieron un alarido de espanto.

—Nada, déjense ustedes robar tranquilamente, y verán qué buenas personas son los ladrones.

—¿Dios mío!—dijo una de las señoras—Y ¿por qué no nos dijo usted sus propósitos? Hubiera venido sólo.

El otro pasajero cogió una escopeta que llevaba prevenida y se dispuso a atacar al francés.

—Hay que matar a ese mentecato—decía furioso.

Y lo hubiera atacado, si en aquel momento no se detuviera el coche y hasta una docena de hombres armados de trabucos, pistolas y puñales, intimaran la rendición de los viajeros.

Desmayáronse las señoras, el viajero español, lanzó una mirada de odio y amenazó con el puño cerrado al francés, pero no hubo más remedio que apearse; los bandidos amenazaban con los trabucos puestos en el pecho de los viajeros. Y tan elocuentes y persuasivas eran aquellas bocas, que hasta las señoras que se habían desmayado, volvieron en sí rápidamente y se bajaron del coche más que a paso. ¡Cuántos paños de vinagre en la frente y cuántos rociones de agua fría en las mejillas hubiesen necesitado en sus respectivos domicilios, aquellas dos señoras para volver en sí, de un desmayo semejante!

Ya en el suelo los cuatro viajeros, el mayoral y el ayudante, el que hacía cabeza de los bandidos, dijo con voz ronca y aguardentosa:

—¿Quién de ustedes es el zeño que viene de Francia?

Todos señalaron al indicado.

—¡Ah, ez uzté! Pues caballerito a

zoltar eza caja llena de billetes del Banco de Francia.

—¡Por Dios y por la Virgen—exclamó angustiado el francés—Máteme usted, quítame todo lo que llevo, la ropa, todo; pero eso no; esa caja no es mía, es del Gobierno francés y va para Cádiz a pagar las tropas que están allí; (era en la época en que los franceses al mando del duque de Angulema guarnecían Cádiz); si me quitan ustedes la caja, me fusilan en cuanto llegue allí.

—Vamos, franchute; menos chilindrinas y diga dónde está la caja.

—La caja está aquí—gritó uno de los bandidos que estaba registrando el coche; lo que no sé cómo se abre y es de hierro.

—La llave—dijo imperiosamente el *Patilargo*, apuntando la pistola contra el francés.

El francés se puso de rodillas y con las manos alzadas y en ademán humillante, decía:

Aquí está la llave, señor capitán, pero nadie sabe abrirla sino yo. Por Dios, señor capitán deje usted la caja. Mire que van ahí tres millones de francos y que son para las tropas. Róbenos usted lo que quiera, pero eso no.

Los ojos del bandido brillaban de codicia. ¡Tres millones de francos! ¡Ahí es nada!

—Mire—dijo abra inmediatamente la caja y sino le quemaremos a fuego lento... A ver tú y tú, añadió dirigiéndose a dos de sus bandidos—preparad una buena pila de sarmientos, que vamos a hacer unos chicharritos de franchute.

El francés daba espantosos alaridos; dos bandidos le sujetaban.

—Señor capitán, me perdéis para toda la vida; yo voy a ser fusilado, nadie creerá que me han quitado ustedes la caja, pero me horroriza la idea de morir como San Lorenzo; ya abriré la caja—Pero, ¿por qué, señor capitán, no tenéis un rasgo de generosidad española? ¿Por qué, ya que os lleváis la caja, no hacéis una limosna a este desgraciado, y le procuráis evitar las consecuencias de este encuentro para él tan desagradable?

—¿Qué quieres?—preguntó extrañado el *Patilargo*.

—¡Ah! señor capitán; quedaos con la caja, que con ésta teneis para obtener vuestro perdón y para comprar

diez de los mejores cortijos de Andalucía. Pero yo no puedo presentarme en ninguna parte sin el caudal que se confió a mi custodia. Yo ya no puedo volver a Francia, ni ir a Cádiz ni permanecer en España. Ustedes disfrutaran de ese dinero y yo pagaré la culpa de haberlo perdido. ¿Por qué no me dan ninguna cosa, para en llegando a Córdoba poderme ir a Portugal y de allí al Brasil, y así, hasta se creará que yo me fugué con el caudal y no responderán ustedes de ese nuevo atentado que tanto ha de incomodar al Rey de España porque va contra su hermano y aliado el Rey de Francia?

El bandido calló durante unos segundos, y luego dijo:

—Mira, me haz tocao la cuerda sensible. Ezo eztá puezto en razón. Y aunque dicen que el *Patilargo* tiene mala zangre, no ez verdad... Te lo juro por la zalú de mi marezita... Eztoy harto de ezta vida... Con eztos caudalez miz comparez y yo hemoz de dejar la verca y zer buenaz perzonaz... Con que al trato; tú abrez la caja, y yo no toco a naita de lo que va en el coche y te doy cien onzas para que vayas a Portugal.

—¡Oh capitán! ¡Ya sabía yo que eráis tan generosos como Diego Corrientes.

Y fué y abrió la caja, y aparecieron a los asombrados ojos de los bandidos las pilas de billetes del Banco de Francia.

—Bien—dijo el *Patilargo*—a cerrar ezo y ponérmelo aquí en el caballo. Y tú toma, y largó al Francés una bolsa de cuero—Cuéntalaz, zi quierez, son cien onzaz justaz; ni una más ni una menos.—Cogióla el francés, y el *Patilargo* gritó:

—¡Arriba, señorez!

Todos subieron al coche y el bandido dijo:

—¡Arrea!

Partió el coche, y los bandidos a caballo desaparecieron entre aquellos matorrales.

Era tal el susto que se habían llevado los viajeros, que durante media hora nadie despegó los labios; ni siquiera se atrevían a mirarse unos a otros. El francés era el único tranquilo, pues sacó de las alforjas un trozo de jamón, un pan y una botella de vino y se puso a comer como si nada hubiera pasado. Los otros viajeros, aunque nada decían, iban hechos un mar de confusiones y no acertaban a explicarse lo que había ocurrido.

Por fin, y después que hubo devorado el jamón y el pan y bebido todo el vino de la botella, el francés soltó una sonora carcajada y dijo:

—¿Y qué tal los bandidos? ¿Se han asustado ustedes mucho?

Todos le miraron con asombro.

—Nada, nada,—continuó el singular personaje—son unos pobrecillos... Unos infelices. Lo mismo que en Calabria... Y para esto ¡exponer la vida! ¡Miren ustedes que creer que iba yo a venir aquí, viajando sólo con una cajita de tres millones de francos!

—Pero ¿no es cierto?—preguntó el otro viajero.

—Hombre, la cajita es cierto, los billetes también, pero con la diferencia

de que son falsos... Y lo que acaban ustedes de presenciar sucedió el año pasado en Nápoles, exactamente lo mismo, y antes había sucedido también en Grecia... ¡Todos son iguales! Estos bandidos de trabuco y caballo son ya indignos del siglo en que vivimos, del grado de civilización que hemos alcanzado. Muy poco han de tardar en desaparecer; son un anacronismo con manta a la cabeza. Creedme, señores míos, pasó la hora del bandolero y ha empezado la época del timador.

—¿Y cuál es la peor?—preguntó el viajero español.

—Eso, amigo mío—repuso el francés—no me toca decirlo a mí, que pertenezco a la edad moderna. A mí sólo me cumple gastarme alegremente estos 1600 duros que he sacado del célebre y terrible *Juan el Patilargo*.

Pocos días después, este famoso bandido se presentó al corregidor de Córdoba y le dijo:

—Yo soy *Juan el Patilargo*, que vengo a presentarme a vuestra señoría.

—¿Y qué pretendes?

—Que me ahorquen.

—¡Hombre!

—Y ¿qué quiere usted que haga un bandido de vergüenza que se ha dejado robar 1600 duros por un franchute cualquiera?

—Hombre—dijo el Corregidor—yo me encargo de solicitar tu indulto, porque sospecho que han de venir tiempos en que los que como tú sean víctimas de un robo de este nuevo género, han de venir a nosotros no a pedir que los ahorquen, sino a que ahorquen a los que han tenido la buena maña de sacarles los cuartos.

Y es que el señor Corregidor de Córdoba presintió en aquel momento a los tan acreditados sujetos que se dejan timar por diversos procedimientos que ha mucho tiempo se estilaban y siguen estilándose en las ciudades más importantes. Y comparada con la de estas víctimas, parecióle la conducta de *el Patilargo* disculpable.

## EL LUJO

Siempre que oía predicar contra el lujo al Cura de mi pueblo, lo atribuía a chifladuras del buen anciano. El buen señor, que todo lo daba a los pobres, quería que todo el mundo hiciera lo que él. La limosna, el hacer bien, era su idea fija, su obsesión; y siempre que podía, y podía siempre, hablaba de la caridad, de tal manera, que, sin darse uno cuenta, sentía la necesidad de querer a todo el mundo, de perdonarlo todo, de llorar con los que lloran y dejarse de lujo y tonterías.

Acababa de llegar de vacaciones, había tomado el grado y estrenaba aquel día un hermoso traje, regalo de mi padre, y un bonito reloj con que mi cariñosa abuela premiaba el trabajo de su odorado nieto.

Dios y yo éramos los dos grandes

amores de mi abuela. De tejas arriba, la voluntad de Dios; aquí, en la tierra, que el niño esté contento.

—Va V. a echar a perder al chico con tanto mimo, decía mi padre.

—No tengas cuidado, respondía mi abuelita, he sembrado en su corazón bellos sentimientos, y cuando un corazón es caritativo, ni la felicidad ni la desgracia logran corromperlo, podrán, si, las luchas por la vida desviarlo más o menos, pero son como los grandes Generales, que las pequeñas derrotas les enseñan más que les quebrantan y contribuyen a darles las victorias.

Mi padre, que adoraba a su madre tanto como a mí, se batía siempre en retirada en estas luchas del cariño diciendo: «Bien, bien, V. y el Sr. Cura lo arreglan todo con la caridad, lo ven todo tan blanco y hermoso como el cabello que adorna sus frentes; habitan Vds. el mundo de la imaginación, no comprenden el mal sino para poner remedio; la edad, en vez de darles la experiencia de la maldad humana, les ha constituido en padre y madre de todas las desdichas; donde todo el mundo ve un crimen, ustedes observan nada más una desgracia: en todo pillo ven Vds. un desgraciado, al que hay que atraer al buen camino, y mientras le socorren y animan, él se ríe de Vds., explota su bondad y come a costa de dos bonachones que creen con toda su alma que esta granjería universal que se llama humanidad, está falta de caridad, y lo que necesita es mucho palo.

—No está mal, no está mal pensado, dijo el Sr. Cura entrando, mientras se descubría para saludar; estos hombres lo arreglan todo a latigazos.

—Así debía de ser, otro gallo nos cantara si hubiera una ley que a palo obligara a trabajar a todo el mundo; precisamente esa es la causa única de todos nuestros males, se produce poco y se consume mucho. Las clases elevadas gastan en lujo y sociedad capitales inmensos que aplicados a la industria, darían de comer a infinidad de gentes; la clase media, ambiciosa y derrochadora, por llevar unas botas de charol y una pluma más en el sombrero, hace sacrificios imposibles; la clase baja es holgazana, ignorante y suicida, aspirando a comer sin trabajar y a gastar lo que no tiene; vengan Vds. con caridad buscando arreglo a lo que no tiene compostura; cojan ustedes la estadística y verán que sobre 200.000 contribuyentes cargan 20 millones de españoles, la ley de Malthus es horrible, la población crece en progresión geométrica, los alimentos se producen en progresión aritmética: es decir, que se produce poco y se consume mucho. El hambre nos espera a plazo corto, si el lujo que se observa en todas partes no deja libres los brazos dedicados a fabricar alhajas y galones, para que labren la tierra y el pan esté barato.

—Poco, a poco, señor mal genio, replicó el Sr. Cura. Nadie conoce mejor el problema social que la Iglesia, y no manda que todos se dediquen a la-

brar la tierra, aunque quiere que todos trabajemos; no sólo de pan vive el hombre, y es preciso que haya ciencia, arte y comercio para que el Rey de la Creación, en este valle de lágrimas, encuentre más fácil el camino que le conduce al cielo.

El *lujo* es reprobable cuando es disipación, no cuando es comodidad y decencia.

Es disipación consumir una *cantidad* de productos *superior* a lo que permiten las facultades del consumidor; el que esto hace destruye su capital, renuncia al ahorro y pronto cae en la miseria.

Es disipación consumir una *calidad* de productos *superior* a lo que permiten los recursos.

Es disipación consumir productos que no satisfacen una necesidad *real*, y en este caso se distrae parte del capital o de las rentas de la verdadera producción que mejora realmente la condición del hombre.

La *disipación* destruye la *riqueza* atacando los capitales o *destruyéndolos* de la producción *útil* para fomentar la producción *frívola*.

El *lujo*, superior a los recursos, es siempre *disipación*.

El *lujo*, superior a las *necesidades reales*, es siempre *disipación*. Lo elegante es siempre sencillo; lo cómodo tiende a la sencillez, y el reloj que ostenta tu hijo, lejos de ser un *lujo*, le sirve de estímulo para el trabajo, y ha dado de comer a los artistas que lo fabricaron, para que midiendo el tiempo, sepa aprovecharlo y ordenarlo. No confundamos la decencia con el derroche, el progreso con la disipación, ni nos sirva el *lujo* y comodidad de pretexto para no dar limosna, porque la *caridad* salva a la sociedad como salva al individuo.

La caridad es necesaria al desgraciado, porque sin ella se muere de hambre.

La caridad es necesaria al rico, porque sin ella no puede ser feliz, por eso tu madre y yo lo arreglamos todo con la *caridad*, porque es el único remedio; haz que pobres y ricos se amen, es decir, que tengan *caridad*, y habrás resuelto la *cuestión social* haciendo de la tierra un paraíso.

Mucho tiempo ha pasado desde que oí esta conversación, que se grabó con caracteres indelebiles en el fondo de mi corazón. Desde entonces, siempre que oigo hablar de revoluciones y corte de cabezas para arreglar el País, una sonrisa amarga acude a mis labios y este pensamiento a mi mente. Las madres y los Sacerdotes poseen el secreto de la *cuestión social*; los políticos no hacen en ella más que dar palos de ciego.

X

Solución al Jeroglífico n.º 37, por Morán:

«DOMINARÉ AL FINAL»

## REGINA ANGELORUM

Del Angel los clarines  
con ecos de victoria  
y alegría

lleguen a los confines  
proclamando la gloria  
de María.

Los Angeles postrados  
le sirven de escabel,  
y sus galas  
lucen ensimismados  
formándole un dosel  
con sus alas.

¡Gloria a la Soberana  
de singular belleza  
celestial!

Hermosa flor lozana  
de Dios, en su Pureza  
Virginal.

¡Abrid calle al Esposo!  
Un Angel lo pregona  
con presteza.  
Y se acerca amoroso,  
y con afán corona  
su cabeza.

Cantad con alegría;  
cantad vuestros quereres  
de Ella en pos;  
«¡Dios te salve, María;  
llena de gracia eres  
ante Dios!».

Hermenegildo RODRIGUEZ

### CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y el fariseo de pié, oraba para sí de esta manera: Oh Dios, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, rapaces, inicuos, adúlteros, ni tampoco como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de cuanto poseo...

Y así la soberbia elevaba al cielo su oración.

Absurda es la soberbia ante Dios, tratando de vanagloriarse de los méritos que creemos poseer. El sabe muy bien de nuestras intenciones y los actos buenos que se realizan ningún mérito tienen si un calculismo basado en el interés nos ha movido a realizarlos,

No es entonces el reconocimiento de nuestra dependencia absoluta de Dios, ni el reconocimiento de ser El, principio y fin de todas las cosas, es en ese caso la conveniencia personal la que guía el cumplimiento de nuestros deberes religiosos públicamente, convirtiéndolos por las circunstancias del caso en deberes sociales.

Nuestra oración ha de ser la del que se siente infinitamente pequeño ante la grandeza de un Dios que lo ha hecho todo y nos ha dado hasta su propia vida mortal para redimirnos de pecados nuestros.

Y esta humildad en nuestras relaciones para con Dios, ha de guiar también nuestros actos sociales en la vida. La soberbia

para con los demás es vicio de hombres que no merecen nunca ser nada en la sociedad. Por lo general se presume siempre de lo que no se tiene. Y el soberbio alardea de poder cuanto menor es el que puede ejercer.

Y en cuanto al talento pasa lo mismo. Los menos inteligentes, los menos sabios, suelen ser los más presuntuosos de sabiduría. Y sin embargo las personas dignas de admiración por sus conocimientos suelen ser los que aparentan menos, pues su humildad les impide la vana ostentación. Y si echamos una mirada al campo de los adinerados, observaremos las mismas circunstancias, la riqueza está en razón inversa de su ostentación. Sin que quiera decir que existen bastantes excepciones, pero en éstos casos suelen estar el grupo de los que han hecho grandes capitales precipitadamente y ofusca el brillo de los tesoros tan rápidamente aparecidos en sus manos.

El mundo, que tiene una intuición muy agudizada de las personas suele clasificarlas con bastante acierto, y en el presuntuoso ve siempre la farsa de quien presume de lo que no tiene. Mal camino, por tanto, para quien quiere alardear de alguna cosa, el gritarla a los cuatro vientos, haciendo alarde de sus riquezas, de su talento o de su inteligencia, que la soberbia llega a todos los rincones y afecta a formas diversas.

«Humildad, sin humillación exagerada» leíamos en una obra teatral de apología religiosa no hace muchos años. Y es que la humildad tiene un límite y es que puede caerse en el vicio contrario, envanecerse de la humildad misma, representada en su pobreza, en su modestia o en cualquier otra forma de humildad. Llegando a la humillación vergonzosa. «A través de los andrajos de tus vestidos, descubro tu vanidad», le decían a Diógenes el Cínico los atenienses al escuchar de éste filósofo griego sus alardes de pobreza y de miseria.

Humildad franca, leal, llena de sinceridad, sin que por dentro nos quede el orgullo de creer que mentimos. Poco valemos ante Dios y poco somos en medio de un mundo al cual llegan los descubrimientos apagándose los unos a los otros.

Humillémonos ante Dios que ante El nada somos, pues lo que valemos a El se lo debemos todo. Y ante los hombres no debemos de enorgullecernos porque nuestro esfuerzo nunca habrá sido tan grande como para compararlo con los beneficios que Dios tuvo a bien concedernos para conseguir la causa de nuestro orgullo.

... y el publicano no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, y dando golpes de pecho decía: «Oh Dios, compadécete de mi peccador...»

R.

Comentando

## ARCAS

Mis lectores creen que yo he escogido una serie de asuntos que, indirectamente pueden ser propaganda de mi negocio. Nada de eso. Es que la filosofía, a la que me dedico en los ratos de ocio y de recreo, me hace pensar en estas cosas y en otras; y como de algo he de escribir, ahora,

escribo de estas cosas, para luego escribir de las otras. No sé si esto estará demasiado oscuro, pero, como es verdad el que mejor lo quiera entender que lo estudie con calma y que escudriñe los más recónditos significados de mis escritos.

La palabra «arcas», puede significar muchas cosas. Pero por muchas cosas que signifique, siempre serán arcas. De éstas hay de varias clases: de caudales; de esas que existen en los desvanes de las casas ricas, en las que guardan las ropas de cristianar y de las novias; de esas más pequeñas que siempre se tienen llenas de melancólicos recuerdos de antaño... y de las que yo me callo para que no se me crea un propagandista de mis cosas.

De ninguna de estas voy a ocuparme hoy. Las Arcas del Estado son las que me preocupan. Yo me las figuro rodeadas de una guardia poderosísima que las escolta y defiende de las manos avarientas de miles y de miles de ciudadanos. Así y todo, muchas manos son las que, en el transcurso de la Historia, se han calado en ellas «sin

querer»... los demás. Así fué la cosa. Nuestras arcas, enflaquecieron y se quedaron en los «huesos» en más de una ocasión, por falta de escolta. En otra ocasión más memorable que ninguna, fué la misma escolta la que las dejó temblando.

¿No valdría más que nos repartiesen equitativamente su contenido a todos, a ver si tocábamos a algo que nos sirviese «para café»?

Cuando yo era pequeño, me preguntaban qué quería ser, y yo que ya amaba a estas Arcas, respondía que Ministro de Hacienda. Yo estaba persuadido de que la llave de tales Arcas la guardaba en su casa el Titular de la mencionada Cartera, y en aquel entonces, no estaba del todo equivocado. Si no tenía la llave en casa, la tenía en su mesa de trabajo. Las prebendas abundaban, y los prebendados tenían todos una llave falsa. Fué cuando se montó una escolta especial... que se llevó las tripas de las desventuradas Arcas.

Hoy, con la calma y escasez de todo racionamiento, se les va «echando» algo todos los días, y van saliendo del hambre poco a poco. Y caso extraño: se ha suprimido casi en su totalidad la escolta. O, por mejor decir, hoy somos todos escolta de nuestros bienes, y todos velamos por ellos. Nuestras arcas, están bien seguras contra robos y rapiñas. Aquellas manos que frenéticas a ellas se dirigían para calarse hasta sus más recónditos rincones, han sido cortadas, como son cortadas las ramas secas de los árboles.

Los que en estas arcas se quisieron meter, se equivocaron, y se metieron de cabeza en aquellas a que aludo en el principio, y de las que no me quiero acordar por si mi recordatorio huele a anuncio.

HERO



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

*Arbués*

Materiales de  
Saneamiento  
y  
Construcción

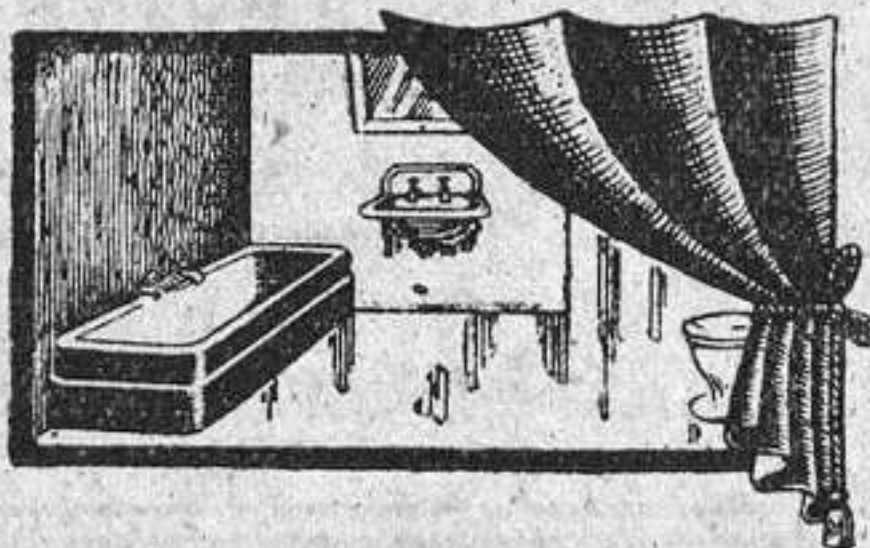
Cuartos de baño,  
cocinas, etc.

Alvarez

Garaya, 25

Teléf. 1230

GIJON



**PALACIOS** LIBRERIA  
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. P. Vaticano

**JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA**  
**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

**La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)